

¡ó próspero reposo
si los ánimos vuestros gobernára
aquel amor, aquel divino zelo
con que se rige el encumbrado cielo!

LIBRO TERCERO.

PROSA I.

Ya ella habia puesto fin á su cancion, quando todavía estaba yo embebido y absorto en la dulce suavidad de sus versos; y así al cabo de algun rato, dixé: ¡ó cuánto me has esforzado, sumo consuelo de los afligidos, ya con la gravedad de sentenciosas razones, ya con el adorno de gustosos metros! Es de manera que juzgo que no ha de faltarme de aquí adelante constancia para resistir brioso los golpes de la fortuna; y así no solamente no me ponen horror los remedios, que poco ha llamabas ágríos; sino que antes bien, ansioso ya de oírlos, te ruego encarecidamente que me los digas. Ya yo lo echaba de ver (dixo ella entonces) quando mis razones te debian tanta atencion y silencio, y esperé de propósito, ó lo que es mas cierto, dispuse yo propia que estuviese tu ánimo en esta disposicion; porque son de tal calidad los remedios que

restan ahora, que probándolos amargan al principio; pero desentrañándolos bien, se halla que son dulces: mas ¡ó con cuánto mas ardiente anhelo solicitarás oír eso que tú dices que deseas escuchar, si supieras bien adonde te voy conduciendo! = ¡Adónde? = A la verdadera felicidad; á esa que sueñas en tu idea sin que puedas mirarla originalmente por tener embarazada la vista en sus mentidas copias. = Hazlo así, te ruego, y muéstrame sin mas dilacion cuál sea esa felicidad verdadera. = Yo lo haré con mucho gusto por amor de ti; pero primero procuraré definir y apurar con razones esa otra de quien tienes mas noticia; para que teniendo ya conocida ésta, con solo discurrir al contrario, puedas conocer la perfeccion de la bienaventuranza.

METRO I. DEL LIBRO III.

Quien intenta sembrar un fértil prado,
su primero cuidado
es rozar la arboleda que le ocupa,
luego le desocupa
de las incultas zarzas y la yerba
con la hoz, de quien ninguna se reserva,
para que en nuevos frutos
crezcan de Ceres pingües los tributos.

De las abejas **la** labor suave
mas dulcemente sabe
á quien probó primero
algun sabor **grosero**:
mas hermosos **los** astros resplandecen,
despues que **el** notho ayrado
sus horrisonos **soplós** ha calmado:
¡ Quán bellas **nos** parecen
las claras **luces** del rosado dia,
quando el **lucero** alegre de la aurora
las tinieblas **desvia**!
tambien tú **así** mirando bien ahora
los falsos bienes , sacudir intenta
el yugo que te **oprime** y atormenta,
y desterrando **el** falso bien primero,
conocerás despues el verdadero.

PROSA II. DEL LIBRO III.

Baxando entonces un poco los ojos,
y suspendiendo la vista como recogién-
dose totalmente al profundo retiro de su
idea , empezó á decir así : Las solicitudes
que en tan diversos ejercicios reparten
los mortales , si bien se diferencian en lle-
var distinta senda cada una, se conforman
todas en el deseo de llegar á un mismo fin
de conseguir la bienaventuranza ; pero és-
te bien , para que pueda llamarse así , ha

de ser de tal calidad , que quien le lle-
gue á alcanzar no pueda desear otra cosa ;
porque este es el sumo bien , y el que
comprehende dentro de sí todos los demas
bienes , al qual , si le faltara algo , no pu-
diera ser bien sumo ; porque aun queda-
ría fuera del , en que pudiera cebarse el
deseo : luego es evidente que la bienaven-
turanza es un estado perfecto en el que
se juntan todos los bienes : éste (como
diximos) es al que por diferentes cami-
nos pretenden llegar todos los mortales,
porque naturalmente está impreso en las
mentes de los hombres el deseo de la feli-
cidad verdadera ; pero su descaminado
error los arrastra hácia los bienes falsos ; y
así unos creyendo que es el sumo bien no
verse necesitados , trabajan por amontonar
riquezas ; y otros juzgando que el bien
es aquel que es digno de veneracion , en-
caramándose á los puestos de las dignida-
des , solicitan ser venerados de sus ciuda-
danos : hay tambien quien constituye el
sumo bien en el poder sumo ; estos ó quie-
ren reynar , ó privar con los que reyn-
nan : otros á quienes les parece que es
el bien mayor la fama , intentan extender
la gloria de su nombre , señalándose en las
armas , ó esmerándose en las letras : hay
tambien muchos que miden el fruto del

bien con el regocijo y la alegría, y estos tienen por la mayor de las felicidades abundar de deleytes; tambien hay algunos que truecan reciprocamente los fines de estas cosas, como los que desean riquezas para ser poderosos, y gozar deleytes, ó los que pretenden ser poderosos para adquirir riquezas ó por dilatar su nombre. A estas cosas pues, y otras así, se reduce el afan solícito de los humanos anhelos, como la nobleza y el aplauso vulgar, que parece que son origen de alguna gloria, y la muger y los hijos, que se desean por un género de deleyte: solo el preciosísimo linage de felicidad que consiste en tener amigos, no se cuenta entre los bienes de la fortuna, sino en el tesoro de la virtud; todo lo demas sirve para el poder, ó el recreo. Falta pues ahora que se vayan ajustando los bienes del cuerpo á los referidos; porque de la robustez y la grandeza parece que procede la valentía; de la hermosura y velocidad el aplauso; de la salud el deleyte; con todo lo qual es cierto que solamente se aspira á la suma felicidad; porque cada uno juzga que aquello que él desea, mas que todas las demás cosas, es el sumo bien. Y pues queda ya definido que el sumo bien es la bienaventuranza, es evidente que

cada uno juzga que el estado de la bienaventuranza es aquel que, en su estimacion, se antepone á todo lo demas. Ves ahí pues que te he propuesto ya casi todo el resumen de la felicidad humana, riquezas, puestos, poder, gloria y delicias, que considerándolas todas Epicuro asentó por máxima cierta que las delicias venian á ser el sumo bien; porque todos los demas parece que se dirigen solamente á dar gusto al apetito humano: pero volvamos á tratar de la intencion de los hombres, cuyo ánimo si bien con memoria confusa se endereza hácia el sumo bien, como embriagado con sus pasiones, no sabe por qual calle ha de volver á su casa. Porque dime: ¿parécete que van errados los que procuran no verse afligidos de la necesidad? Claro está que no; porque no hay cosa que pueda formar tan colmadamente una felicidad perfecta como un estado abundante de todos los bienes, y que sin andar mendigando lo ageno, tenga lo que le basta en lo propio. ¿Engáñanse acaso los que juzgan que es dignísimo de reverencia y culto aquel bien que entre todos es mayor? de ninguna manera, porque claro está que no puede ser cosa vil, ni de poca estimacion la que sirve de

blanco al deseo comun de todos los mortales. Por ventura, ¿no merece contarse entre todos los bienes el poder? ¿cómo puede ser menos? ¿hase de imaginar débil y sin fuerzas aquel bien de quien nos consta que es el mas poderoso? y el aplauso de la fama ¿no merece aprecio alguno? no puede negarse que se le debe muy grande, quando todo lo que se aventaja en lo heróyco, es fuerza que se ha de conocer por sus timbres; pues hasta lo que es que la bienaventuranza no ha de estar ultrajada ni oprimida con dolores ni molestias, ¿qué hay que decirlo, quando aun en las cosas mas tenues se desea solo aquello que no affige poseido, y deleyta gozado? y estas cosas son las que los hombres pretenden alcanzar, y todas las riquezas, las dignidades, los reynos, la fama y las delicias, las solicitan, porque se persuaden que de éstas les han de proceder la abundancia, la autoridad, el poder, el aplauso y el gusto; luego lo que pretenden los hombres por tan diversos caminos es el bien; en que se conoce facilmente quán grande es la fuerza de la naturaleza; pues aunque son tan varias, y encontradas las opiniones en los medios que eligen; se

conforman con todo eso en el fin del bien á que aspiran.

METRO II. DEL LIBRO III.

Con acorde instrumento
herido blandamente,
y con acentos dulces
que le acompañen leves,

Cantar intento, como
tan atenta gobierne
la gran naturaleza
todas tan diferentes;

Con qué frenos las riija,
y con qué doctas leyes
la máquina del orbe
tan prouida conserve;

Como ate cada cosa
con un lazo tan fuerte,
que es imposible caso
soltarle ni romperle.

Aunque los africanos
leones se sujeten
á llevar oprimidas
sus coronadas frentes;

T el domador soberbio
les dé seguramente
de comer con la mano,
que ellos humildes besen.

¡oh! Y aunque el usado azote
 los ultrage de suerte,
 que del atroz maestro
 amedrentados tiemblen;

En medio de todo esto,
 si sus bocas crueles
 de algun humor sangriento
 llegan á enrojecerse,

Sus ánimos altivos
 á restaurar se vuelven,
 y en generosas iras
 segunda vez se encienden,

Y aquel rugir sañudo
 les hace que se acuerden
 que entre todas las fieras
 son absolutos reyes;

Y rotas las cadenas
 con que presos los tienen,
 sus crespos fuertes cuellos
 sacuden libremente;

Y hecho sangrientos trozos,
 quien los domó, ser suele
 el primero en quien ceban
 las uñas y los dientes:

La avecilla parlera,
 que la alta rama verde
 por facistol tenia
 para trinar motetes;

En viéndose encerrada

en una jaula breve,
 aunque todo el cuidado
 de los hombres se esmere

En darla mil viandas,
 y regalarla siempre,
 con brevajes compuestos
 para tenella alegre;

Si acertando á escaparse
 de aquel estrecho albergue,
 ve los sombríos bosques,
 y las risueñas fuentes,

Dexando derramados
 los regalos, que extiende
 con los pies por la jaula
 quando dexarla quiere,

Las selvas solo busca,
 volando sueltamente,
 y se queja en las selvas
 de lo que estuvo ausente.

La palma, á quien obliga
 la fuerza que la tuerce,

á inclinarse á la tierra
 doblando su alta frente,

Al punto que la mano,
 al noque la encorvó la suelte,

segunda vez al cielo
 mira derechamente:

Cae precipitado

Febo, quando anochece,
 en las profundas ondas

del mar del occidente;

Mas por oculta senda

otra vez aparece,

gobernando su coche

en el sabido oriente.

En fin , todas las cosas

á su propio ser vuelven,

y cada una se alegra

quando cobrarle puede;

Y en ninguna de todas

otro orden permanece,

sino el de que obedezcan

el natural que tienen,

Y hagan de sus acciones

un círculo , en que encierren;

y unan á su principio

su fin naturalmente.

PROSA III. DEL LIBRO III.

Tambien vosotros ¡ó mortales! si bien no con mucha distincion, conoceis vuestro principio imperfectamente; y aunque no con perspicaz vista, al menos con la que podeis, mirais aquel verdadero fin de la bienaventuranza; y por eso vuestro desco natural es encaminarós hácia el verdadero bien; pero os desvian de él vuestras opiniones erroneas; porque conside-

ra si por las cosas con que piensan los hombres que han de conseguir la felicidad que desean, podrán arribar al fin que pretenden; y si se hallare que el dinero, los cargos honrosos, y lo demas de este género trae consigo alguna prosperidad tan colmada que no le falte bien alguno, yo tambien confesaré que pueden llegar algunos á ser felices con alcanzar estas cosas; pero si no pueden cumplir lo que prometen, y carecen de muchos bienes, ¿no se conoce manifestamente, quán falsa especie de felicidad es la que procede de ellas? Y para prueba de esto tú mismo, que ha poco tiempo que tenias tan abundante copia de riquezas, dime, ¿nunca sentiste en medio de toda aquella abundancia alguna zozobra interior en el ánimo, procedida de uno ú otro accidente? = Si va á decir verdad, no me acuerdo de haber tenido jamas tan sosegado el pecho que no le inquietase siempre algun deseo. = Y eso ¿no era porque sentias la ausencia de lo que deseabas gozar; ó te molestaba la asistencia de lo que no quisieras ver? = Así es verdad. = Luego deseabas la presencia de aquel, y la ausencia de éste. = Yo lo confieso. = Y dime, ¿no tiene cada uno necesidad de aquello que desea?

= Sí tiene. = Pues quien necesita de algo no tiene en sí lo bastante para sí mismo. = Claro está que no. = Luego tú, quando mas lleno de riquezas, padecias esta necesidad, pues no hallabas en ti lo que para ti mismo fuese bastante. = Es verdad. = Luego no son poderosas las riquezas para hacer que no tenga uno necesidad de nada, y sea él bastante para sí propio; y esto parece que era lo que prometian: tambien me parece que es muy digno de consideracion que el dinero de su naturaleza no tiene en sí seguridad para que no se le puedan quitar por fuerza á los que lo poseen. = Yo lo confieso. = ¿Cómo puedes dexarlo de confesar, quando vemos cada dia que quien puede mas se le quita á su pesar á su dueño? porque ¿de dónde nacen tantos litigios como penden en los tribunales, sino de que intenta cada uno recobrar por justicia el dinero que le quitaron por violencia, ó por fraude? = Así es. = Luego tendrá cada uno necesidad del auxilio ageno para defender su dinero. = ¿Quien podrá negar eso? = Y no habria menester aquella defensa si no poseyera dinero que pudiese perder. = No puede dudarse. = Luego totalmente sucede al reves el caso, pues las riquezas

zas con que se juzgaba que seria uno bastante para sí, obligan á mendigar el patrocinio ageno: ¿mas cómo, pregunto, se puede redimir la necesidad con las riquezas? ¿acaso no pueden tener hambre los ricos? ¿no puede fatigarles la sed? por ventura los adinerados ¿no sienten el frio del invierno? Pero dirás que tienen los opulentos con que satisfacer el hambre, con que apagar la sed, y con que defenderse del frio; pero segun eso podrá la necesidad con las riquezas auxiliarse, no extinguirse; porque si anhelando y pidiendo algo siempre la socorren las riquezas, preciso es que siempre quede en su ser la misma necesidad á quien hayan de ir socorriendo: paso en silencio que la naturaleza se satisface con poco, la avaricia con nada; y pues las riquezas no pueden desterrar la necesidad, sino que antes bien la engendran, ¿qué razon obliga á creer que pueden dar ellas todo lo suficiente?

METRO III. DEL LIBRO III.

*Aunque el avaro pueda deleytarse
 con los tesoros que en sus arcas vea,
 en que por muchos que su afan posea
 no podrá hartarse;*

*Y aunque le adorne la encendida grana,
y las preciosas piedras que produce
rica la tierra, donde Febo luce
por la mañana;*

*Y aunque sin tasa en sus lagares crezcan
dulces las ubas, y con cien arados
labren sus bueyes fértiles sembrados,
que le enriquezcan,*

*Nunca por eso su mordaz cuidado
libre le dexa, en tanto que respira,
ni del tesoro rico quando espira
va acompañado.*

PROSA IV. DEL LIBRO III.

Pero diránme que las dignidades hacen á quien las posee merecedor de veneracion y obsequio; por ventura ¿tienen las dignidades tal actividad que dexen en el ánimo de quien las exercita impresas las virtudes, y borrados los vicios? porque no solamente no los destierran, sino que los descubren: de donde tambien se origina nuestra indignacion, al ver tantas veces ocupar los mas altos puestos á los mas iniquos hombres; cosa que dió motivo á Catulo para llamar á Nonio, quando le vió entronizado en la silla del tribunal supremo, peste de la Ciudad. ¿No conoces pues, cuánto des-

crédito les añaden á los malos los oficios grandes? porque no se manifestaria tanto su indignidad si no se dieran á conocer por los puestos que ocupan; y aun tú tambien llegaste á exponerte á tantos riesgos por no allanarte á dividir el magistrado, y partirlo á medias con Decorato, quando veias en él una grande abundancia de vana loquacidad, y mayor ambicion del puesto, solo por la ganancia de los gages: ni ¿qué razon hay para que juzguemos que por los oficios honrosos son dignos de reverencia aquellos de quienes sabemos que son indignos de los mismos oficios? pero dime: si vieras á alguno muy consumado en alguna ciencia, ¿pudieras juzgar que no era digno de estimacion, ni de aquella ciencia en que era tan consumado? De ninguna manera; porque la virtud tiene naturalmente en sí misma una veneracion, que luego la comunica al ánimo donde llega; y pues no pueden las honras vulgares hacer esto; bien se conoce que no es en ellas natural ni propio aquel resplandor que brilla; á cuyo propósito tambien se debe advertir, que si es cierto que viene uno á ser mas abatido, al paso que es despreciado de mas gente, y no puede el oficio honroso hacer plausible al iniquo que le goza,

pues pone mas á la vista sus maldades, fuerza es que la dignidad le ocasione mas abatimiento; aunque tampoco ella se puede quedar alabando, porque tambien los ímprobos se vengan del mismo modo de las dignidades, pues las inficionan con su contagio; y para que conozcas que no puede adquirirse aquella autoridad verdadera con las falsas sombras de estos honores fingidos, infierele así: si uno que repetidas veces hubiese obtenido la grandeza de ser Cónsul, aportase por algun accidente á alguna nacion remota, ¿harian le por dicha los puestos que ocupó respetado de aquella gente extraña? no por cierto; pues si esta veneracion fuera efecto natural de las dignidades, nunca dexarian de causar lo mismo en qualquiera parte del mundo que llegase, así como en ninguna parte del orbe dexa de calentar el fuego; sino que como no es este natural efecto de ellas, sino del séquito que tienen en la engañada opinion de los hombres, en llegando á verse entre los que no saben que hay tales dignidades, al mismo instante pierden la vana pompa de su obstinacion, pero esto dirás que sucede en las naciones extrangeras: mas dime: en aquellas donde tuvieron su origen ¿permanecen siempre en

su lustre? tampoco; porque antiguamente la Prefectura era un poderoso cargo, y ya es solo un nombre vano, y una costosa carga. Teniase en un tiempo por gran cosa el cuidar de los bastimentos del pueblo; y ya ahora ¿qué puesto hay mas abatido? Porque, como poco antes diximos, lo que no tiene estimacion propia ya recibe, y ya pierde el esplendor al arbitrio de las opiniones de la gente: luego si á nadie pueden hacer autorizado las dignidades; si se manchan poseyéndolas los ímprobos; si con la mudanza de los tiempos pierden su lucimiento; y si por la opinion de las gentes se envilecen; ¿qué hermosura hay en ellas que se pueda apetecer, ni que puedan repartir á los demas?

METRO IV. DEL LIBRO III.

*Aunque soberbio gozaba
telas de Tiro exquisitas,
y de blancas margaritas,
y diamantes se adornaba,
ira en todos engendraba
Neron por su torpe gusto;
y atropellando lo justo,
distribuia los puestos:
¿quién tendrá pues por honestos
los cargos que da el injusto?*

PROSA V. DEL LIBRO III.

¿Son pues los reynos y la privanza con los Reyes bastantes para hacer á uno poderoso? ¿cómo puede, ó quando permanece estable su felicidad? Llena está la antigüedad de varios exemplos, y llena tambien nuestra edad presente de Reyes, cuyo dominio se trocó en calamidad. ¡O grandioso poder, que aun para asegurar su duracion no es poderoso! y si en dominar reynos consiste la bienaventuranza, ¿no es preciso que si en alguna parte cesa este señorío, disminuya la felicidad, y dé entrada á la miseria? pues por mas que se extiendan los humanos imperios, es forzoso que haya muchas mas provincias, que no pueda comprenderlas un cetro solo; y por la parte que falta á aquella potestad, que hace dichosos, entra este desvalimiento que hace desdichados; luego segun esta cuenta fuerza es que les quepa á los Reyes mayor parte de miseria que de felicidad. Teniendo el tirano Dionisio experimentados los riesgos de su estado, dió á entender las zozobras que le afligian, poniendo una espada desnuda pendiente de un hilo sobre su trono; ¿pues qué poder

es éste que no puede echar de sí la carcoma del rezelo, y la polilla de la congoja? Bien quisieran ellos vivir asegurados y quietos, mas no pueden; y tras esto blasonan de poderosos: ¿parecete á ti que lo es quien no puede conseguir lo que quiere? juzgas que es poderoso quien va cercado de guardas? quien á los mismos que pone terror con ellas los teme? quien para ostentarse poderoso vive sujeto al arbitrio de sus criados? ¿Pues qué tengo que decir de los privados de los Reyes, si he dado ya á entender la poca estabilidad de los reynos, y vemos tantas veces fenecer las privanzas, quedando en pie la magestad regia, y tantas espirar con la magestad á una? Obligó Neron á su privado y nuestro Séneca á elegir muerte. Antonio entregó á las espadas de los soldados á Papiniano, que fué valido suyo; y entrambos quisieron renunciar la prosperidad de su estado, y levantar la mano de las cosas del gobierno; y aun intentó Séneca entregar á Neron quanto tenia, y retirarse al ocio de una aldea; pero empezándose ya á desquiciar la máquina de su grandeza, arrebatados de las ruinas de tanto edificio, ninguno de los dos consiguió lo que intentaba. ¿Pues qué poder es este que los

que le tienen le tiemblan? que ni permite que viva seguro un hombre mientras lo goza, ni que lo pueda dexar quando le embaraza? ¿servirán por ventura de seguridad los amigos que grangeó, no la virtud, sino la fortuna? No, porque á quien le hizo amigo la felicidad, lo hará enemigo la desgracia; ¿pues qué peste mas perniciosa que un amigo enemigo?

METRO V. DEL LIBRO III.

*El que ser poderoso solicita,
las pasiones del animo sujete,
y huya del apetito que le incita
con los mentidos gustos que promete;
pues aunque reyne donde el Indio habita,
y en quanto alumbran los planetas siete,
quien desterrar no puede su fatiga,
poderoso no es justo que se diga.*

PROSA VI. DEL LIBRO III.

Pues; quán engañosos, y á veces quán torpes suelen ser los gloriosos blasones de la fama! á cuyo propósito no sin gran motivo exclamó el Griego trágico:

*O gloria, ó gloria,
¿á quántos hombres llenas los oidos
con los aplausos de tu voz fingidos!*

Porque los mas de los que han sido celebrados debieron sus plausibles nombres á las engañadas opiniones del vulgo; ¿pues qué mayor miseria puede haber que ésta? porque á quien sin merecerlo ve volar su nombre en las lenguas de la fama, fuerza es que le saque las colores al rostro el empacho de tan injusto timbre; y si estos elogios son debidos al merecimiento del aplaudido, ¿qué podrán añadir al ánimo interior del sábio que los mereció, y que no funda su bien en el popular rumor, sino en la seguridad de su conciencia? demas, que si el dilatar este nombre, ilustra, siguese que el no estenderle le envilece; y pues, como poco antes disputé, es preciso que por mucho que se esparza la fama de un hombre, haya muchas mas naciones á donde no pueda llegar su noticia, fuerza es que quien á ti te parece famoso, en la mayor parte del orbe no sea conocido: pues el ser bien visto del pueblo no juzgo que es cosa digna, ni de memoria, porque sus aplausos ni tienen fundamento, ni estabilidad; ¿y quién no advierte quán vano, quán inutil es este nombre de la nobleza pues quando se hace alarde de ella para el propio lustre se manifiesta que es virtud agena? porque, al parecer,

la nobleza no es otra cosa que un heredado blason de los méritos de los progenitores, y si es la alabanza la que ilustra, aquellos vendrán á ser los ilustres que en la genealogía son los alabados; y así poco lucimiento te prestará la nobleza agena, si tú no la tienes propia; y si en ella hay algo de bueno, solamente me parece que es el empeño en que pone á los nobles de no degenerar de la virtud de sus pasados.

METRO VI. DEL LIBRO III.

Todo el género humano
 procede de una misma descendencia,
 que unoves el soberano
 padre, cuya divina providencia,
 por alto sabio modo
 todo lo cria, y lo gobierna todo.
 El dió rayos vistosos
 á Febo, y él á la triforme diosa
 le dió menos hermosos
 visos, y el dió tambien con poderosa
 mano hombres á esta suelo,
 y astros resplandecientes á ese cielo.
 Este, las almas puras
 del celestial alcazar desprendidas,
 las puso entre las duras
 cárceles de los cuerpos oprimidas;
 y así son los mortales,

todos ilustres, y en nobleza iguales.
 Para qué pues altivos
 de abuelos blasonais, y bisabuelos
 aplausos sucesivos,
 y malograis inútiles desvelos
 en tener de memoria
 de la ascendencia vuestra la alta gloria?
 Que si á vuestro primero
 ser atendiereis, y á que Dios ha sido
 vuestro autor verdadero,
 ninguno tiene origen deslucido,
 sino que degenera
 de su nativo ser, con lo que hiciere.

PROSA VII. DEL LIBRO III.

¿Qué diré pues de los lascivos deleytes, que al pretenderlos se padece tanta solicitud y congoja, y al conseguirlos se siguen tal arrepentimiento y hastío? ¿quántas enfermedades asquerosas, quántos intolerables dolores suelen ocasionar á los miserables cuerpos que las gozan, como fruto debido á sus maldades? cuyos afectos no sé yo que tengan nada de gusto; pero qualquiera que tome residencia á sus liviandades, conocerá quán triste fin tuvieron sus delicias; y si el gozar de estos pudiera ser origen de la felicidad, no

podia negarse que eran felicísimos los brutos, cuya propension toda atiende solamente á saciar su apetito: solo el afecto amoroso de la consorte y los hijos fuera honestísimo, y justamente estimado; pero dicese, aunque el natural cariño parece que lo repugna, que fueron, no digo para quien, verdugos sus propios hijos; cuyas costumbres, cualesquiera que sean, quán mordaz pena ocasionen á sus padres, no tengo que advertirtelo; pues ya de otras veces tienes mucha experiencia de esto: y aun ahora te alcanza bastante cuidado; en que pruebo la sentencia de mi Euripides, que dixo que quien carecia de hijos era feliz en la misma infelicidad.

METRO VII. DEL LIBRO III.

*De qualquier deleyte suelen
nacer espinas que duelen;
y es como inquieta abejuela,
que á quien va á probar su miel,
clava el aguijon cruel
basta el corazon, y vuela.*

PROSA VIII. DEL LIBRO III.

Luego no hay duda ninguna en que todos estos son unos caminos descaminados para la bienaventuranza, y que á nadie pueden conducir al puesto que prometen, y haré breve demostracion de quán llenos están de terribles males, porque dime: ¿haste de emplear acaso en amontonar dinero? habrás pues de quitárselo á quien lo tiene: ¿querrás lucir con dignidades y puestos? habrás de pedirlos con humildes súplicas á quien pueda dartelos con altivos desprecios; y quando desees aventajarte á los demas con la honra del mandar, habrás de rendirte á aquel con la baxeza del pedir; ¿pretenderás poderoso dominio? pues con él quedarás expuesto á las conjuraciones cautelosas de tus subditos: ¿anhelas á lo glorioso de la fama? ella te ocasionará muchas ásperas emulaciones, que conviertan en riesgos tus seguridades: ¿dispondraste á pasar la vida entre delicias? ¿quién no abominará esta sujecion de estar atenido á solo dar gusto á una cosa tan vil y fragil como el humano cuerpo? Pues los que hacen caso de las prendas